

BARRIOS AGUILERA, Manuel, *La invención de los Libros Plúmbeos. Fraude, historia y mito*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2011, 538 págs.

Este libro representa la culminación del trabajo que, durante muchos años, Manuel Barrios ha llevado a cabo sobre el Sacromonte granadino y la invención de los libros plúmbeos. Como seguramente sabrán los lectores de esta revista, los fraudes sacromontanos han conocido una notable revalorización historiográfica durante los últimos años, el la cual la obra y el impulso de Manuel Barrios han sido fundamentales. Así lo demuestran los volúmenes editados por él y por Mercedes García-Arenal, *Los Plomos del Sacromonte, invención y tesoro*, (2006) y *¿La historia inventada? Los libros plúmbeos y el legado sacromontano* (2008). Creo que no es exagerado afirmar que los trabajos contenidos en estos volúmenes situaban los acontecimientos del Sacromonte en un nuevo y más amplio nivel de significación: no se trataba ya sólo de estudiar un fraude local más o menos pintoresco, más o menos polémico, sino que se subrayaba la centralidad de las invenciones granadinas en cuestiones muy graves de historiografía, de configuración del espacio urbano y de la identidad religiosa de la España moderna, de la constitución y pervivencia de mitos fundacionales vinculados al problema de los orígenes, de la formación de un universo erudito cuyos instrumentos de conocimiento se afinaban, precisamente, gracias a esta dinámica falsificación / crítica, encuadrando la cuestión de los Plomos dentro del problema general de la reconfiguración del campo del saber en época moderna y del desarrollo de la historiografía crítica.

En el presente libro, Manuel Barrios nos propone una narración global del “ciclo falsario granatense”, que no se acaba en 682, sino que se extiende más allá, con las falsificaciones de la Alcazaba de Granada y, sobre todo, con los defensorios que lograron prolongar el mito sacromontano hasta prácticamente nuestros días. Este ciclo falsario funciona sobre diversos registros (“fraude, historia, mito”, como explica el subtítulo del libro) que deben ser comprendidos como distintas facetas de un mismo proceso, a saber, la construcción de un paradigma contrarreformista granadino que modela el paisaje urbano, social y religioso de la ciudad, y que está hondamente arraigado en el Sacromonte, lo que explica su larga posteridad y su compleja supervivencia.

El libro estudia los hitos más destacados en la historia de ese paradigma. Por supuesto, el telón de fondo lo constituye el islam y la cuestión morisca. La conquista de 1492 abre la puerta a un proceso de colonización, en el que se despliegan una serie de medidas que van desde la ocupación del territorio hasta la acción capilar de la evangelización y el adoctrinamiento católico. Esta actividad colonizadora dio lugar a enfrentamientos de todo tipo, que no hay que recordar aquí en detalle, y que desembocan en el terrible conflicto de las Alpujarras. La violencia de la guerra dejará una traza persistente en Granada, y en el asunto sacromontano, al proporcionarle uno de sus argumentos fundamentales: las muertes de cristianos a manos de los sublevados se convertirán en “martirios”, proporcionando un elemento ideológico fundamental para legitimar todo el proceso de colonización y cristianización de Granada. Unos años más tarde, cuando se descubran los restos de los supuestos mártires cristianos

del Sacromonte, la iglesia granadina podrá dibujar un vínculo entre estos y aquellos martirios, que constituiría el fundamento providencial de su propio edificio. Por supuesto, el personaje fundamental de esta operación, y de todo el drama plúmbeo, es el arzobispo D. Pedro de Castro.

Manuel Barrios ya ha dedicado varios trabajos fundamentales a la figura del arzobispo que, como no podía ser menos, tiene también una presencia destacada en esta obra. Es imposible detenerse en los detalles de la extraordinaria actividad de D. Pedro de Castro, tanto en Granada como en Sevilla, y que Barrios analiza con detalle en el libro. Sí se pueden señalar aquí, sin embargo, dos o tres elementos esenciales. En primer lugar, se encuentra el compromiso del arzobispo con la extensión del control eclesiástico sobre el territorio, a partir de un incansable esfuerzo de evangelización, homogeneización de la fe y control de las conciencias. El libro dedica varios epígrafes excelentes, por ejemplo, a analizar las visitas pastorales, encaminadas a afirmar la centralidad y omnipresencia de la autoridad eclesiástica, y sobre todo a las misiones populares, impulsadas por D. Pedro de Castro y organizadas desde el Sacromonte. A través de estas prácticas realizadas de manera intensiva, el arzobispo se nos presenta como una figura emblemática de la Iglesia contrarreformista y postridentina, empeñada en un esfuerzo incansable de conquista espiritual dirigida principalmente al interior y a las zonas rurales, que se convertían así en territorio de misión. La vinculación entre el programa impulsado por D. Pedro de Castro y el Sacromonte, que el arzobispo constituyó como centro de toda su actividad, muestra la manera en que los fraudes plúmbeos pasaron a convertirse en pieza clave de lo que Barrios llama “paradigma contrarreformista granadino”, estructurado a partir del argumento nuclear del ciclo martirial. Es casi conmovedor comprobar cómo D. Pedro de Castro mantuvo su vinculación con el Sacromonte, incluso desde la sede de Sevilla, lo que le valió más de una crítica. Su etapa sevillana merece, de todas formas, una atención especial. Considérese, por ejemplo, la relación singular de D. Pedro con Rodrigo Caro, que nos pone de frente a una cuestión fascinante: la dimensión historiográfica de los fraudes del Sacromonte, cuya trascendencia no se entiende si no se considera la acción de un entorno erudito empeñado en la producción de relatos sobre la historia y las antigüedades de ciudades y pueblos, la inserción del pasado local en la historia sacra, la interpretación de escrituras y restos antiguos y la investigación del itinerario de reliquias y vestigios de santos. Por otro lado, la presencia de D. Pedro de Castro en Sevilla nos propone otro asunto de crucial importancia, como es el del inmaculadismo. Manuel Barrios se detiene en este asunto y subraya el papel capital del concepcionismo como culminación del paradigma impulsado por el arzobispo, al tiempo que sigue el relato de las llamadas “guerras marianas”. Se trata sin duda de un problema muy importante, que merecería por sí solo una atención más detallada.

La segunda parte del libro está dedicada a lo que Barrios llama “cristalización del mito” y al “espíritu sacromontano”, e incluye un análisis de cómo el Sacromonte aparece tratado en las historias eclesiásticas del s. XVII, y también y de manera singular en los defensorios elaborados durante el s. XVIII en sostenimiento de los fraudes. Casi todo lo que conocemos sobre esta literatura lo debemos a los trabajos de Manuel Barrios, que culminan ahora, en este libro, con un análisis detallado y ejemplar, casi

definitivo, de sus títulos más significados. Aunque, en puridad, sólo se puede hablar de defensorios en dos casos (el de las *Vindicias cathólicas granatenses* de Diego de la Serna Cantoral y el de la *Historia auténtica*, de Luis Francisco de Viana y Joseph Juan de Laboraría), en el sentido de que se trata de dos obras escritas con el propósito explícito de que Roma revocase la condena de los libros plúmbeos, Barrios incluye en su estudio otros libros que pertenecen al mismo medio y que representan, a su modo, formulaciones del mismo “espíritu sacromontano”: el *Místico ramillete* de Diego Nicolás Heredia Barnuevo, las *Guerras cathólicas* de Vicente Pastor de los Cobos, e incluso, de manera extensa, los fraudes de la alcazaba de Granada en el s. XVIII. El estudio detallado que hace Manuel Barrios de este conjunto de obras, analizando las condiciones de su producción, el perfil de sus autores, sus fuentes y su repercusión, es modélico, y dibuja un panorama compacto de la manera en que los fraudes se transmutan en mito, en un denso discurso identitario capaz de prolongarse en el tiempo. Esta supervivencia tiene algo de espectral, tal un “espíritu” capaz de pasearse entre los vivos después de su propia muerte. Parecería que, más allá de la discusión sobre la autenticidad o falsedad de los hallazgos, el Sacromonte pudo crear un sentido autónomo, unos valores singulares que, como el mito que son, recrean eternamente una nueva realidad sacromontana, desligada ya del fraude inicial, y cuya autenticidad trascendería la tosca realidad de los hechos históricos.

Éste es al menos uno de los argumentos que han usado los sostenedores de este “espíritu sacromontano”, ya en el siglo XX. Repasando la posteridad del mismo, Barrios recuerda, entre otros, al abad José Martín Palma, que en los años 70 creó la expresión “la realidad del mito sacromontano”. No es difícil destripar la debilidad del argumento, fundado en una idea esquemática del concepto de “mito” y de su relación con la “realidad”. Se trata, en todo caso, de un ejemplo del tipo de retórica con la que el Sacromonte ha querido legitimar su pervivencia plurisecular y su papel central en la identidad católica granadina. El relato de Manuel Barrios nos guía a través de estos discursos y nos conduce hasta el año 2000, en que el Vaticano devolvió los plomos a Granada.

El libro se cierra con una pregunta que, considerado el argumento del libro, parece muy pertinente: ¿fueron los Plomos un fraude morisco? Se trata de una cuestión que, evidentemente, no tiene una respuesta fácil. Como dice Barrios, los fraudes están sin duda vinculados a la cuestión morisca, pero gran parte de su historia se explica por la acción de D. Pedro de Castro y por haberse convertido en el fundamento de la contrarreforma granadina. Esta paradoja, la “paradoja castriana”, como la llama Barrios, trasciende la cuestión de la autoría de los fraudes: aunque desvelar la misma sea importante, es imposible establecer una relación directa y necesaria entre los autores primeros de las falsificaciones (que sin duda pertenecieron al medio morisco) y las consecuencias de las mismas, complejas, estridentes, y en las que la intervención de la iglesia granadina y de su arzobispo fue fundamental. A partir de ahora, nuestro conocimiento de toda esta historia fascinante y poliédrica debe mucho a este magnífico libro.

*Fernando Rodríguez Mediano*